había confrontado. Y probablemente el Gaviero sea también el trasunto de algo que yo creo que mi padre quiso ser y no fue. Pero no olvides que estamos en un terreno especulativo.

— Mutis, ¿qué es la poesía para usted, ahora? No el recuerdo, lo que fue para usted durante su vida, sino ahora, ahora.

— Esta es una pregunta bien, bien peligrosa. Esa sí es "trapera" como dices, porque estoy pasando por un periodo de sospechosa facilidad para escribir poesía, cosa que nunca he tenido. No en el sentido de que me cueste trabajo escribirla, sino el sentarme a escribirla, el dedicarme me cuesta trabajo. Yo lo pienso mucho, lo masco mucho, lo digiero, juego con la idea algunas semanas, meses. Lo que me costó siempre fue sentarme a escribir. Ahora me cuesta menos y eso me está llamando mucho la atención. Pienso si no estaré cayendo en una retórica de mí mismo, si no me estaré repitiendo. Esto no era así. Entonces sospecho, no sé qué me está pasando. Las dos reglas que cita Neruda, como en forma incidental, al parecer, en *Residencia en la tierra*, han sido para mí reglas de oro. "Dios me libre de inventar cosas cuando estoy cantando" es una. La otra es: "Mis criaturas nacen de un largo rechazo". He tratado de cumplir con ellas con una fidelidad enorme. Y ahora noto que esas reglas no se están cumpliendo, que hay una nueva actitud que comenzó con *Crónica Regia* y que está siguiendo. Al mismo tiempo me estoy planteando un cuestionamiento muy radical. Es muy real, muy real. Sólo Dios sabe lo que me cuesta a mí sentarme a la máquina de escribir. Pero ahora no sucede esto. Ahora noto que a pesar de que se presenta esta serie de reservas y de preguntas, todo fluye más rápido, más fácilmente. O será que estoy escribiendo con menor tensión. ¿Qué será, cuál será el valor de lo que estoy escribiendo?

La vida (a)leve

EXPERIMENTUM CRUCIS

El otro día tuve el honor de charlar con un conocedor de poesía que aúna a la solidez y hondura de doctrina una rara facultad ilustrativa.

La conversación no tardó en abordar el clásico problema de la forma y el contenido. Confesé que esta cuestión, en apariencia tan fácil de explicar en pocas palabras, no tardaba en conducirme, sin embargo, a confusiones insolubles, sobre todo al intervenir el hecho bien sabido de que, en la poesía en verdad buena, forma y contenido se funden en una unidad superior, que la nítida división inicial no hacía sospechar.

El conocedor me escuchó sin impaciencia. Insensiblemente me fui exaltando y acabé por declararle que estaba ya harto de oír a mis amistades, luego de leer los poemas inéditos que yo les enseñaba, comentar infaliblemente que mi escritura estaba viciada por falta de fusión entre forma y contenido, cuando que a mí aquellos poemas no me parecían peores que los de tantos autores, consagrados inclusive. Hasta tuve el mal gusto de citar nombres.

—Casos de cerrazón como la suya no abundan, por suerte —me dijo con franca sencillez—, pero existe un recurso para que consiga usted, si no captar en profundidad estas cuestiones (para lo cual es usted totalmente negado), cuando menos decidir si un verso equis está bien hecho o no. Es un recurso viejo; casi diría yo que por sabido se calla. Pero reconozco que se usa poco, pues a casi todo el mundo le basta un vistazo para calibrar la adecuación intratextual fondo/forma que a usted se le resiste.

Pareció reflexionar unos momentos y decidirse al fin.

— ¿Me quiere escribir algún verso suyo?

— ¿Un poema?

El experto alzó la mano con singular viveza.

— No, no hace falta tanto —replicó—; basta con una línea.

Tomé un papel y escribí con buena letra tipográfica el último verso de mi máximo poema:

Cuando arde él, su eco espera en su ola; él es, no ella, y ya.

—Acepto que a este final no le falta cierta sequedad —observé, sin poder disimular mi malestar—, pero de ahí a decirme que no consigo...

Me interrumpió con un gesto cortés. Con tanto aplomo como suavidad, sujetó entre el pulgar y el índice de su mano izquierda el comienzo de mi verso, el cual se retorció como presintiendo. El experto, sin embargo, consiguió en pocos segundos atrapar el otro extremo con la diestra y alzó la línea, horizontal y serenamente, hasta la altura de mis ojos.

El verso se estremecía y chillaba de modo lamentable, como una ratita. El perito lo aquietó poniéndolo tenso y empezó entonces a tirar de las puntas, en sentidos opuestos, con vigor controlado. Era impresionante contemplar tanto *know-how*.

Me distraje un instante admirando su expresión inescrutable, con los labios algo fruncidos, y de pronto, con un sonar como al dividir por mitad una hoja de timbres de correo, las manos del experto se apartaron súbitamente. De cada una colgaba, oscilando apenas, una frase inerte.

Él extendió delicadamente la primera sobre el papel. Leí:

Cada deseo se anule en él ya

—Es el contenido —dijo el perito, con la voz más natural del mundo. Depositó entonces, al lado, la otra frase que colgaba de sus dedos hábiles:

Uno reluce, preso al sol, ay.

—La forma —explicó.

Lo miré con asombro.

—Sin que usted se diese cuenta, en su verso forma y contenido estaban trabados, casi podría decirse que mañosamente trabados —ahora recalcaba cada sílaba con severidad—. Una letra del uno, una de la otra... actina y miosina, ¿no...? —sonrió fugazmente—. Forma y contenido se interpenetraban, repito, pero no estaban fundidos como en la poesía bien lograda. Fue fácil separarlos; siempre ocurre así en estos casos. A una buena línea no le pasa lo que a la suya. Se romperá por cualquier lado si se la violenta, y eso será todo.

—¿De veras?

Por toda respuesta, el experto escribió más abajo:

Nel mezzo del cammin di nostra vita

y me invitó a alzar el endecasílabo por las puntas. Me fue fácil, pues no se movió. Pero por mucho que me esforcé, la línea resistía. El miraba, riendo en silencio. Por fin, de un tirón brutal, logré romperla de mal modo. En la yema de mi índice izquierdo quedó sólo *Nel m*, y arrojé los despojos sobre el papel, con repugnancia.

Hubo una larga pausa.

—Pues sí... —le oí murmurar, con la vista perdida—así son estas cosas...

G. D.